



- *La verdad*, de Terry Pratchett -
Avance editorial

El Puercoespín nº 82
Diciembre de 2008

<http://mundodisco.dreamers.com/kfl.htm>

La verdad sale a la venta el 16 de enero de 2009
390 páginas - ISBN 978840133698

El rumor se propagó por la ciudad como un fuego desatado (algo que se propagaba bastante a menudo por Ankh-Morpork desde que sus ciudadanos aprendieron las palabras «seguro contra incendios»).

Los enanos pueden convertir el plomo en oro...

Circuló por entre el aire fétido del barrio de los Alquimistas, donde llevaban siglos intentando hacer precisamente eso sin éxito, aunque estaban seguros de que les saldría mañana, o como muy tarde el próximo martes, o a final de mes para ir sobre seguro.

Fue motivo de controversia entre los magos de la Universidad Invisible, donde sabían que ciertamente se podía convertir un elemento en otro, siempre y cuando no importara que volviese a su estado original al día siguiente, ¿y de qué servía aquello? Además, la mayoría de los elementos ya estaban contentos como estaban.

Se infiltró en las orejas llenas de cicatrices, hinchadas y a veces totalmente ausentes del Gremio de Ladrones, cuyos miembros sacaron filo a sus palancas. ¿A quién le importaba de dónde *viniera* el oro?

Los enanos pueden convertir el plomo en oro...

Llegó a los fríos pero increíblemente agudos oídos del patricio, y lo hizo bastante deprisa, porque no se podía durar mucho tiempo como gobernante de Ankh-Morpork sin ser el primero en enterarse de todo. El patricio suspiró, tomó nota del asunto y la añadió a un montón de notas que ya tenía.

Los enanos pueden convertir el plomo en oro...

Llegó a las orejas puntiagudas de los enanos.

— ¿Podemos?

— Y yo qué demonios sé. Yo no puedo.

— Vale, pero si pudieras, no lo dirías. Yo no lo diría, si pudiera.

— ¿Tú puedes?

— ¡No!

— ¡Ajá!

§

Llegó a oídos del turno de noche de la Guardia de la Ciudad, que estaba de servicio en las puertas a las diez en punto de una noche gélida. Las guardias en las puertas de Ankh-Morpork no eran muy duras. Consistían principalmente en indicar con la mano que pasara todo lo que quisiera pasar, aunque en la oscuridad y con aquella niebla helada el tráfico era mínimo.

Estaban encogidos al resguardo del arco de la puerta, compartiendo un cigarrillo húmedo.

— No se puede convertir una cosa en otra — dijo el cabo Nobbs—. Los alquimistas llevan años intentándolo.

—Pues suele dárselos bien convertir una casa en un agujero en el suelo —dijo el sargento Colon.

—Eso digo —respondió el cabo Nobbs—. Que es imposible. Es un problema de... elementos. Me lo dijo un alquimista. Todo está hecho de elementos, ¿vale? La tierra, el agua, el aire, el fuego, y... no se qué más. Lo sabe todo el mundo. Todas las cosas los tienen como mezclados en su justa medida.

Pisoteó el suelo en un intento de calentarse un poco los pies.

—Si fuera posible convertir el plomo en oro, lo haría todo el mundo —dijo.

—Los magos podrían —añadió el sargento.

—Ah, bueno, magia —dijo Nobby en tono despectivo.

Un carromato grande salió con estruendo de la niebla amarilla y se adentró bajo el arco, salpicando a Colon al pasar bamboleándose por uno de los charcos que eran un rasgo tan distintivo de las carreteras de Ankh-Morpork.

—Putos enanos —masculló mientras el carromato continuaba hacia la ciudad. Pero no lo dijo muy alto.

—Había muchos empujando ese carromato —agregó el cabo Nobbs, pensativo. El vehículo dobló un recodo dando tumbos y se perdió de vista.

—Será por todo ese oro —dijo Colon.

—Ja. Sí. Eso va a ser.

§

Y el rumor llegó a oídos de William de Worde, y en cierto sentido se detuvo allí, porque él lo escribió aplicadamente.

Era su trabajo. Lady Margolotta de Uberwald le mandaba cinco dólares al mes para que lo hiciera. La duquesa viuda de Quirm también le mandaba cinco dólares. Igual que el rey Verence de Lancre y algunos otros notables de las Montañas del Carnero. Igual que el serif de Al-Khali, aunque en su caso el pago era media carreta de higos dos veces al año.

En general, reflexionó, había encontrado un buen trabajo. Lo único que tenía que hacer era escribir una carta a modo de boletín con mucho cuidado, calcarla del revés en un trozo de madera de boj que le proporcionaba el señor Cripslock, el grabador de la calle de los Artesanos Habilidadosos, y luego pagarle al señor Cripslock veinte dólares para que tallara minuciosamente la madera que no eran las letras e hiciera cinco impresiones en hojas de papel.

Por supuesto, se tenía que hacer con meticulosidad, dejando por ejemplo un espacio después de «A Mi Noble Cliente» para rellenarlo él más tarde, pero aun después de deducir gastos le quedaban casi treinta dólares por poco más de un día de trabajo al mes.

Un joven sin demasiadas responsabilidades podía vivir humildemente en Ankh-Morpork con treinta o cuarenta dólares al mes. Y él siempre vendía los higos, porque aunque era posible alimentarse únicamente a base de higos, se tardaba poco en desear no haberlo hecho.

Y siempre se iban cobrando sumas adicionales aquí y allá. El mundo de las cartas era un libro cerr... un misterioso objeto de papel para muchos de los ciudadanos de Ankh-Morpork, pero si alguna vez necesitaban poner cosas por escrito, bastantes de ellos subían la escalera chirriante que había detrás del letrero «William de Worde: Se Escriben Cosas».

Los enanos, por ejemplo. Los enanos siempre estaban llegando a la ciudad en busca de trabajo, y lo primero que hacían era mandar una carta a casa para contar lo bien que les iba todo. Se trataba de un acontecimiento tan predecible, aun si el enano en cuestión estaba tan en las últimas que se había visto obligado a comerse su casco, que William había encargado al señor Cripslock que produjera varias docenas de cartas modelo en las que solamente había que rellenar unos cuantos espacios para que resultaran perfectamente aceptables.

Los orgullosos padres enanos de todas las montañas guardaban como un tesoro cartas que se parecían a la siguiente:

Querid[os papá & mamá]:

Bueno, he llegado bien y estoy alojado, en la [calle Cockbill 109 Las Sombras Ankh-Morpork]. Todo va bien. Tengo un güen trabajo a las órdenes de [Sr. Y.V.A.L.R. Ecurridizo, Comerciante Emprendedor] y dentro de muy poco boi a estar ganando montones de dinero. Me acuerdo de todos vuestros vuenos consejos y no estoy bebyendo, en los bares ni mesclándome con Trolls. Bueno eso es todo por ahora me tengo que ir, con muchas ganas de bolver a veros a vosotros y a [Emelia], os quiere vuestro hijo,

[Tomas Cejarrota]

... quien por lo general se estaba tambaleando mientras la dictaba. Era una manera fácil de ganarse veinte peniques, y como servicio adicional William adaptaba meticulosamente la ortografía al cliente y le permitía elegir su propia puntuación.

Aquella velada en concreto, mientras el aguanieve gorgoteaba por los bajantes exteriores de su local de alquiler, William estaba sentado en su pequeño despacho situado encima del Gremio de Prestidigitadores y se dedicaba con afán a escribir, escuchando a medias el catecismo inútil pero concienzudo de los ilusionistas en prácticas que hacían su clase vespertina en la habitación de abajo.

- ... prestad atención. ¿Listos? Bien. Huevo. Vaso...
- *Huevo. Vaso* — murmuraba la clase con desgana.
- ... Vaso. Huevo...

- *Vaso. Huevo...*
- ... Palabra mágica...
- *Palabra mágica...*
- Fazammm. Ya está. Jajajajaj...
- *Faz-ammm. Ya está. Ja-ja-ja-ja-ja...*

William se hizo con otra hoja de papel, afiló una pluma nueva, se quedó mirando un momento la pared y por fin escribió lo siguiente:

Y por último, en un Tono más Alegre, se comenta que los Enanos Pueden Convertir el Plomo en Oro, aunque nadie sabe exactamente de dónde procede el rumor, y a los enanos que se dedican a sus asuntos legítimos en la Ciudad la gente les grita cosas como, p.ej., «¡eh, pequeñajo, a ver cómo haces un cacho de oro!», aunque esto solamente lo hacen los Recién Llegados, porque aquí todo el mundo sabe lo que pasa cuando llamas «pequeñajo» a un enano, a saber, que estás Muerto.

Su Obediente Siervo, William de Worde

Siempre le gustaba terminar sus cartas con un detalle alegre.

Cogió una lámina de madera de boj, encendió otra vela y colocó la carta boca abajo sobre la madera. Un rápido frotamiento con el dorso de una cuchara trasladó la tinta, haciendo que treinta dólares y los bastantes higos como para darle una buena indigestión ya estuvieran prácticamente en el banco.

La dejaría aquella misma noche en casa del señor Cripslock, recogería las copias al día siguiente después de un almuerzo relajado y con un poco de suerte las tendría todas mandadas para mediados de semana.

William se puso el abrigo, envolvió con cuidado la plancha de madera en papel encerado y salió a la noche gélida.

§

El mundo se compone de cuatro elementos: Tierra, Aire, Fuego y Agua. Esto es algo que hasta el cabo Nobbs sabe muy bien. Y sin embargo, es falso. Hay un quinto elemento, al que por lo general se le llama Sorpresa.

Por ejemplo, los enanos descubrieron cómo convertir plomo en oro haciéndolo de la manera difícil. La diferencia entre esta y la manera fácil es que la difícil funciona.

§

Los enanos movían a pulso su carromato sobrecargado y chirriante por la calle, escrutando la niebla de más adelante. El hielo se iba formando sobre su carromato y les colgaba de las barbas.

Lo único que hacía falta era un solo charco helado.

La buena Dama Fortuna. *Siempre* se podía confiar en ella.

§

La niebla descendió, convirtiendo las luces en tenues resplandores y amortiguando todos los sonidos. El sargento Colon y el cabo Nobbs tenían claro que ninguna horda de bárbaros iba a incluir la invasión de Ankh-Morpork en sus planes de viaje para aquella noche. A los guardias no les extrañaba.

Cerraron los portones de la ciudad. Aquella no era la actividad ominosa que podía parecer, ya que hacía mucho tiempo que se habían perdido las llaves, y la gente que llegaba tarde se limitaba a tirar piedrecitas a las ventanas de las casas construidas encima de la muralla hasta que encontraban a un amigo que les desatancara la puerta. Se daba por sentado que los invasores extranjeros no sabrían a qué ventanas tirar piedrecitas.

Luego los guardias se abrieron paso por el lodo y la nieve sucia hasta la Puerta del Agua, a través de la cual el río Ankh tenía la buena fortuna de entrar en la ciudad. El agua resultaba invisible en la oscuridad, pero de vez en cuando la silueta fantasmagórica de un témpano de hielo pasaba flotando por debajo del parapeto.

— Espera — dijo Nobby, mientras ponían las manos en el cabestrante del rastrillo —. Ahí abajo hay alguien.

— ¿En el río? — se sorprendió Colon.

Escuchó. Se oyó el crujido de un remo, muy por debajo de ellos.

El sargento Colon hizo bocina con las manos y lanzó el tradicional grito de desafío de los policías:

— ¡Eh! ¡Tú!

Por un momento no se oyó nada más que el viento y el gorgoteo del agua. Entonces una voz dijo:

— ¿Sí?

— ¿Vas a invadir la ciudad o qué?

Hubo otra pausa. Y después:

— ¿Qué?

— ¿Qué de qué? — dijo Colon, subiendo la apuesta.

— ¿Cuáles eran las otras opciones?

— No me andes con líos... ¿Tú, el de ahí abajo en la barca, vas a invadir esta ciudad?

— No.

– Bueno, pues – dijo Colon, que en una noche como aquella estaba contento de aceptar la palabra de cualquiera –. Muévete, anda, que vamos a bajar la compuerta.

Al cabo de un momento se reanudó el chapoteo de los remos y fue desapareciendo río abajo.

– ¿A ti te parece que ya basta con *preguntarles*? – dijo Nobby.

– Bueno, si alguien lo sabe son ellos – respondió Colon.

– Sí, pero...

– Era un botecito de remos, Nobby. Claro que si quieres bajar hasta abajo del todo por esos escalones helados tan bonitos del embarcadero...

– No, sargento.

– Pues volvamos a la Casa de la Guardia, ¿de acuerdo?

§

William se subió el cuello del abrigo mientras corría hacia la casa de Cripslock el grabador. Las calles normalmente concurridas ahora estaban desiertas. Solamente estaba fuera de casa la gente que tenía cosas muy urgentes que hacer. Estaba resultando ser un invierno muy, muy malo, un gazpacho de niebla helada, nieve y la omnipresente y siempre agitada nube de polución de Ankh-Morpork.

Una pequeña mancha de luz junto al Gremio de Relojeros le llamó la atención. En el resplandor se perfilaba una figura pequeña y encorvada.

William se acercó.

Una vocecilla dijo sin muchas esperanzas:

– ¿Salchichas calientes? ¿En panecillo?

– ¿Señor Ecurridizo? – dijo William.

Y-Voy-A-La-Ruina Ecurridizo, el hombre de negocios más emprendedoramente fracasado de Ankh-Morpork, observó a William por encima de su parrilla de salchichas portátil. Los copos de nieve siseaban al caer sobre la grasa a medio solidificar. William suspiró.

– Trabaja usted hasta tarde, señor Ecurridizo – dijo en tono cortés.

– Ah, señor Worde. Es mala época para el negocio de las salchichas calientes – dijo Ecurridizo.

– El negocio está fiambre, ¿eh? – comentó William. No se habría mordido la lengua ni por cien dólares y un barco entero cargado de higos.

– Está claro que estamos en un período de depresión del mercado alimentario – dijo Ecurridizo, demasiado hundido en la melancolía para captar el chiste—. Últimamente no parece que haya nadie dispuesto a comprar una salchicha en panecillo.

William examinó la parrilla. Si Y-Voy-A-La-Ruina Ecurridizo estaba vendiendo salchichas calientes, era señal segura de que uno de sus proyectos más ambiciosos se había vuelto a ir a freír wahoonis. Vender

salchichas calientes con la parrilla venía a ser el estado más bajo de la existencia de Ecurridizo, del que constantemente intentaba salir y al que constantemente regresaba cuando su última aventura empresarial se iba al carajo. Lo cual era una lástima, porque Ecurridizo era un vendedor de salchichas extremadamente bueno. No le quedaba más remedio, dada la naturaleza de sus salchichas.

—Tendría que haber estudiado como usted —prosiguió Ecurridizo en tono abatido—. Un buen trabajo de oficina sin tener que levantar pesos. Podría haber encontrado mi bicho, si me hubiera dado por los estudios.

—¿Bicho?

—Uno de los magos me habló del tema —dijo Ecurridizo—. Todo el mundo tiene un bicho. Ya sabe. Donde tienen que estar. Para lo que están hechos, vamos.

William asintió. Se le daban bien las palabras.

—¿Nicho? —aventuró.

—Uno de esos, sí. —Ecurridizo asintió—. Se me pasó lo de las torres de señales. No lo vi venir. Y antes de darme cuenta todo el mundo tiene una empresa de clacs. Pasta gansa. Demasiado ricos para mi gusto. Me podría haber ido bien con el Fenj Chúi, sin embargo. Ahí sí que tuve una mala suerte de mierda.

—Pues yo me he sentido mejor después de cambiar la silla de posición —dijo William. Había pagado dos dólares por aquel consejo, junto con el aviso de mantener cerrada la tapa del retrete para que el Dragón de la Infelicidad no le entrara volando por el trasero.

—Usted fue mi primer cliente y se lo agradezco —dijo Ecurridizo—. Todo estaba montado, yo ya tenía las campanillas Ecurridizo y los espejos Ecurridizo, todo iba a ser pasta por un... quiero decir que todo estaba posicionado de cara a la máxima armonía, y de pronto... catapum. El mal karma me arrea otra castaña.

—El señor Pasamás estuvo una semana sin poder caminar, no obstante —replicó William. El caso del *segundo* cliente de Ecurridizo le había dado buen material para su boletín, lo cual le había compensado por los dos dólares.

—Yo no podía saber que existe de verdad el Dragón de la Infelicidad —dijo Ecurridizo.

—No creo que existiera hasta que usted lo convenció de que sí —dijo William.

Ecurridizo se animó un poco.

—Oh, bueno, diga lo que quiera, siempre se me ha dado bien vender ideas. ¿Puedo convencerlo de la idea de que una salchicha en panecillo es lo que usted desea ahora mismo?

—La verdad es que tengo que llevar ahora esto a... —empezó William, y a continuación dijo—: ¿No acaba de oír gritar a alguien?

—También tengo algunos pasteles de cerdo fríos en alguna parte —dijo Ecurridizo, hurgando en su parrilla—. Le puedo hacer un precio de

saldo bastante convincente por...

— Estoy seguro de haber oído algo — comentó William.

Escurridizo se echó una mano a la oreja.

— ¿Como algo que retumba? — preguntó.

— Sí.

Los dos se quedaron mirando la niebla de movimientos pesados que llenaba la Vía Ancha.

Y que de repente se convirtió en un carromato gigantesco cubierto con una lona, que se movía de forma imparable y muy rápida...

Y lo último que William recordaba, antes de que algo saliera volando de la noche y le diera un porrazo entre los ojos, fue que alguien gritaba:

— ¡Paren las máquinas!

Avance editorial distribuido en *El Puercoespín* con permiso de los editores.

Título original: *The truth*

© 2000 Terry y Lyn Pratchett

Publicado por acuerdo con Transworld Publishers,
una división de Random House Group Ltd. Todos
los derechos reservados

© 2009 Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia 47-49. 08021 Barcelona

© 2009 Javier Calvo Perales, por la traducción